

# Lo sublime

*Un recurso para creer en la historia*

Álvaro Matute y Evelia Trejo

*Álvaro Matute y Evelia Trejo —distinguidos investigadores universitarios— afirman que la historiografía crea conciencia de que la historia se construye a partir de retazos del acontecer que la escritura consagra. Ambos historiadores se valen de siete obras escritas entre 1596 y 1972 para hacer una reflexión sobre la forma en que los valores y los ideales son tomados por el historiador para sublimar, o intentar hacerlo, al pasado y a sus personajes.*

*...los epistemólogos detestan la metáfora  
porque tienen la vaga conciencia  
de que la epistemología y la metáfora rivalizan entre sí  
por la tarea de guiar la mente humana*

F.R. Ankersmit.

La Historia de la historiografía, es decir el recorrido que podemos hacer por aquello que los hombres escriben sobre su pasado, tiene la magia de hacernos conscientes de que nuestra vivencia de la historia se construye a partir de retazos del acontecer que han sido consagrados por vía de la escritura. Cada nación, cada conjunto de naciones, cada civilización indudablemente puede encontrar en el ejercicio de revisión de esa historia de los relatos de su pasado, innumerables claves para identificar el modo que tiene de percibir la realidad que le circunda, muchas de ellas tejidas con ideales y valores que hacen posible la transfiguración de lo sensible. Los casos analizados aquí representan algunos ejemplos de la manera en que los ideales y los valores son tomados por los historiadores para sublimar el pasado. En la selección hacemos una especie de *corso* viquiano en el cual los in-

dios de México son objeto de la historia. Por un lado, es necesario llevarlos a la tierra prometida de la Iglesia, por el otro, representan ellos mismos los valores y las virtudes. Cuando México se convierte en una nación independiente, parece que la tarea de la historiografía comienza a desublimar ambos, indios e Iglesia, enviándolos fuera de la historia y tratando de remplazarlos con el Estado. El *corso* viquiano llega a su fin cuando los nuevos actores históricos son llamados a escena.

I

Si en una metáfora el conquistador Hernán Cortés es equiparado a Moisés; si en una crónica se adjudica un hecho del rey David al monarca tezcocano Nezahualcóyotl; si en un texto conmemorativo todas las virtudes cristianas resultan características de los reyes aztecas, y en otros más, se identifica a Santo Tomás Apóstol con Quetzalcóatl, y por añadidura se involucra a la Virgen de Guadalupe, las historias narradas en cada caso están siendo elevadas a la categoría de lo sublime. Se alcanzan



Biombo de los cuatro continentes, siglo xviii

n i veles de inconmensurabilidad. En todos los casos hay elevación, incluso transfiguración. La clave no está en el carácter etnográfico con el que se ha caracterizado a la historiografía hispanoamericana del descubrimiento y la conquista, esto es, puramente descriptiva de lo recientemente descubierto, sino en la percepción de la otredad de los naturales y la necesidad, no sólo de aceptar su humanidad, sino de magnificarlos, de hacerlos ejemplares.<sup>1</sup> Ciertamente nos referimos a una historiografía pre-disciplinaria, con diversos niveles de conceptualización, que la hacen más o menos compleja, pero que guardan en co-

<sup>1</sup> En el sentido de etnográfica un autor de principios del siglo xx caracterizó la historiografía española del descubrimiento y la conquista de América. No estamos de acuerdo con dicha caracterización, no sólo por lo que implica de anacrónica, sino porque era más que simplemente descriptiva de usos y costumbres de los indios, en muchos casos se trataba de una suerte de “teología aplicada”. Cfr. Edward Fueter, *Historia de la historiografía moderna*, 2 volúmenes, Editorial Nova, s / d, Buenos Aires, p. 320-337.

mún el otorgarle a los hechos un significado cuya magnitud los eleva a la sublimación.<sup>2</sup>

Se trata de cuatro historias escritas entre 1596 y 1792 en las que los indios mexicanos son objeto de la reflexión teológica e histórica de sus autores, a saber, el fraile franciscano Gerónimo de Mendieta, a quien se le ha adjudicado ser seguidor de la tradición joaquinista, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, cronista mestizo descendiente de la

<sup>2</sup> La concepción de lo sublime que prevalece en este texto tiene que ver sobre todo con el esfuerzo por colocar a los protagonistas de la historia que se significan para darle sentido, en una situación límite, por encima de lo comúnmente alcanzado por el hombre. Sin embargo, acerca del término y su uso en la teoría de la historia es interesante seguir la discusión que lo plantea como aquello que escapa a nuestros esfuerzos de apropiación e incluso los anula. En esta acepción, la utilización de la metáfora es vista como parte integrante de la domesticación de los hechos históricos, algo que obviamente se opone a lo sublime. Cfr. F.R. Ankersmit, *Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora*, traducción de Ricardo Martín Rubio Ruiz, Fondo de Cultura Económica, México, 2004, 470 pp., (Breviarios, 516), p. 37-45.

dinastía tezcocana, Carlos de Sigüenza y Góngora, poeta, profesor de matemáticas, historiador, en fin, epígono mexicano de Athanasius Kircher. Por último, el oscuro licenciado José Ignacio Borunda, inspirador de fray Servando Teresa de Mier para su célebre sermón guadalupano. La *Historia eclesiástica indiana* (concluida en 1596), del primero, es una gran crónica en la que se parte del descubrimiento de América, para avanzar sobre las culturas del México central antes de la Conquista, ubicar a ésta como el hecho central de la historia, y culminar con una descripción larga y pormenorizada de los trabajos de evangelización llevados a cabo por los franciscanos y las otras órdenes religiosas participantes en la conversión de los indios. La obra mayor de Ixtlilxóchitl, la *Historia de la nación chichimeca* (ca. 1625), es asimismo una crónica cuyo objeto es narrar la trayectoria de la fusión de los chichimecas con la cultura tolteca y su florecimiento en Tezcoco hasta la conquista española. A su vez, el *Theatro de virtudes políticas que constituyen a un príncipe, advertidas en los monarcas antiguos del mexicano imperio*, es un texto breve cuyo objeto es describir las efigies que adornaron el arco triunfal que erigió la Ciudad de México a la entrada del nuevo virrey en 1680. Cada efigie era la de un rey azteca cuyo gobierno se había distinguido por una virtud predominante, que lo caracterizaba y en ese sentido, la ciudad deseaba al nuevo virrey que gobernara con esas virtudes políticas. Por último, la *Clave general de jeroglíficos americanos* (ca. 1792) es muestra de cómo al final del siglo XVIII se llegó a las interpretaciones más extremas de la relación entre la historia autóctona y la occidental. El punto de partida, correcto y adecuado, más o menos consistiría en proponer los elementos lingüísticos que permitieran una clara comprensión de la expresión indígena. Su desarrollo, en cambio, llevó a su autor a las más extravagantes interpretaciones.

El tiempo y las circunstancias que separan a las cuatro obras las hacen ser diferentes, aunque todas, por datar de una época en que la historiografía no había alcanzado la disciplinización, incurren con facilidad en la sublimación de los procesos históricos, con más facilidad que cuando el *status* científico de la historia ocupa su puesto. La otredad y el ideal de salvación son las notas características de esta historiografía, que es algo más que etnográfica, según la clasificación de Edward Fueter, cuyo conocimiento de las obras, hay que insistir, deja mucho que desear. La otredad —término, hasta donde sabemos, acuñado por Antonio Machado y divulgado por Octavio Paz—, en el sentido de ser lo que propicia la escritura de la historia. El ideal de salvación, por su parte, es el sentido mismo de la Historia.

Para el tiempo en que escribió Mendieta ya había transcurrido un siglo desde el primer viaje de Colón. El hecho de que su libro fuera continuación o se basara en otro anterior, escrito por su predecesor fray Toribio de

Motolinía,<sup>3</sup> le permite un nivel mayor de conceptualización historiográfica porque si bien tiene mucho de crónica, en el sentido de consignación cronológica de los hechos, ya hay en él un entramado, una fuerte intencionalidad ideológica y una argumentación formal bien sustentada. En obras como la de Mendieta, más que el afán etnográfico, en el sentido de describir costumbres extrañas, domina el afán salvífico, ya que el sentido de la historia estaba dominado por la Providencia. De manera oculta, hay en su obra un cierto plan joaquínista. En su interpretación general, el periodo anterior a la Conquista era equivalente al de la esclavitud del pueblo elegido por los egipcios, por lo que Hernán Cortés es el nuevo Moisés que los libera y los lleva a la tierra prometida de la Iglesia. Entre 1524 y 1564 se había vivido la edad de oro de la Iglesia, antes de que las pestes asolaran a la población indígena, lo cual llevó a la Nueva España a la *captivitate babilonica*, de la que sólo se podría liberar si los indios eran guiados de manera exclusiva por los frailes, que algunos comentaristas han querido ver de la misma manera en que Joaquín de Fiore planteaba el desarrollo de la edad del Espíritu Santo, con la tutela del monacato. La *Historia eclesiástica indiana* dedica enorme tiempo-papel a describir los afanes de los misioneros franciscanos (así como de dominicos y agustinos) para llevar a los indios a la salvación. Su providencialismo lo lleva a una expresión metafórica en la que, después de presentar a Cortés como el “Moisés del Nuevo Mundo”, hace coincidir el año del nacimiento del conquistador —1485— con el de Martín Lutero (quien en realidad nació en 1483, pero Mendieta da por bueno que fue el mismo año de Cortés) y con ello se explaya en el hecho de que mientras Lutero hizo que la Iglesia perdiera muchos fieles, Cortés propició que se ganaran millones de almas para

<sup>3</sup> Motolinía fue el primer fraile franciscano que escribió historia, dado que la obra de fray Andrés de Olmos se perdió. El libro de Mendieta está ampliamente basado en él, pero recreado y actualizado. Ninguno fue publicado en su momento. El de Mendieta fue descubierto por Joaquín García Icazbalceta, quien lo publicó en 1870. A partir de la suya, se han elaborado varias ediciones facsimilares: *Historia eclesiástica indiana*, 4 volúmenes, Editorial Salvador Chávez Hayhoe, México, 1945. La relación entre Mendieta y el joaquínismo fue establecida por John L. Pelan, *El reino milenarismo de los franciscanos del Nuevo Mundo*, UNAM, México, 1972 y seguido por David Brading, *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991, capítulo v “El milenio franciscano”; Enrique Florescano, *Memoria mexicana*, Joaquín Morúa, México, 1987; Jacques Lafaye, *Quetzalcóatl y Guadalupe. La formación de la conciencia nacional en México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1977, y George Baudot, *Utopie et histoire au Mexique*, Toulouse, 1977, entre otros. En años más recientes, han negado la vinculación entre Mendieta y el joaquínismo, Josep-Ignasi Saranyana y Elisabeth Reinhardt, “El debate sobre el joaquínismo en la evangelización novohispana”, *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia, correspondiente de la Real de Madrid*, tomo XLIV, 2001, p. 5-25 y Elsa Cecilia Frost, “¿Milenario mitigado o imaginado?”, en *Memorias del Simposio de Historiografía mexicana*, Comité Mexicano de Ciencias Históricas, Gobierno del Estado de Morelos e Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México, 1990, 843 pp., p. 73-85.



Miguel González, *El credo. San Pedro*, siglo xvii

la salvación. Al mismo tiempo, no sólo el mismo año, sino el mismo día del nacimiento de Cortés, en México tuvo lugar la ceremonia en la cual se dedicó el Templo Mayor de Tenochtitlan, en el que se supone fueron sacrificados ochenta mil indios por los mandatos del demonio, personificado en los dioses aztecas. Ese día, en que Satán cometió ese exceso, nació quien habría de liberar a los indios de sus nefastos dominios.

La sublimación de la historia en Mendieta se concentra en esa metáfora en la cual una figura mayor del Antiguo Testamento es la que sirve de referencia a lo que la acción de conquista desarrollada por Cortés significaba para la historia universal. Toda una parte del mundo había permanecido alejada de la Verdad y, a partir de la acción de Cortés, era posible su incorporación al Evangelio, a gozar de la Ciudad de Dios.<sup>4</sup> Lo sublime está en la universalidad de la verdad revelada. No podría haber magnitud mayor.

No es extraño que en el primer párrafo de la *Historia de la nación chichimeca*, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl haga alusión a que algunos de los indios hayan llegado a

<sup>4</sup> La idea de salvación en la historia se apoya en los argumentos de Karl Löwith, *El sentido de la historia. Implicaciones teológicas de la filosofía de la historia*, Aguilar, Madrid, 1968 e "Historia Universal y salvación" en *El hombre en el centro de la historia*, Herder, Barcelona, 1998, p. 123-162.

concebir un único principio motor de todas las cosas, el *Tloquenahuaque, el dios universal de todas las cosas, creador de ellas y a cuya voluntad viven todas las criaturas, señor del cielo y de la tierra*. Aquí la otredad es vivida desde dentro. Ixtlilxóchitl se sabe *otro* y su historia tiene que ser como la historia de Occidente, su afán es mostrar su humanidad a la cultura conquistadora. La nación chichimeca es una amalgama cultural resultante de la fusión de los chichimecas (bárbaros) que llegaron a revitalizar a la decadente cultura tolteca y con ello formar un pueblo nuevo que desarrolló el mayor florecimiento del México central.<sup>5</sup> A la manera como el rey David fortaleció a Israel, según el libro de Samuel, Nezahualcóyotl hizo lo propio con los tezcocanos, a los que liberó de la tiranía de Tezozómoc y Maxtla, del señorío de Azcapotzalco. El paralelismo entre David y Nezahualcóyotl podría pasar desapercibido si no fuera por la sublimación a que el rey

<sup>5</sup> Tampoco los trabajos de este historiador fueron publicados en su tiempo, pero fueron conocidos por muchos historiadores desde el siglo xvii. Edmundo O'Gorman, editor moderno de sus *Obras históricas*, 2 volúmenes, México, 1975-1977, llamó la atención acerca de la manera cómo Ixtlilxóchitl asimiló el episodio de David y Urías a la biografía de Nezahualcóyotl. Otros historiadores mencionan cómo Ixtlilxóchitl comparó a Xólotl, rey fundador de la dinastía chichimeca en Tezcoco, con Carlomagno.



Miguel González, *El credo. San Simón*, siglo XVII

poeta de Tezcoco es elevado por su descendiente Alva Ixtlilxóchitl. El episodio en el que David se une a Betsabé, enviando a Urías a morir en el campo de batalla es tomado casi literalmente por nuestro autor para señalar cómo Nezahualcóyotl casó con Azcalxochitzin, haciendo con su esposo Quaquauhtzin lo mismo que David con Urías, enviarlo a una batalla en la que era improbable que saliera no sólo victorioso, sino siquiera vivo. La diferencia esencial entre los dos relatos es que en el bíblico Dios conoció la infamia de David y le envió un castigo. En el caso de Nezahualcóyotl, dice Ixtlilxóchitl que

con la astucia referida hubo esta señora Nezahualcoyotzin, sin que jamás supiesen con cercioridad si la muerte de Quaquauhtzin fuese de intento o caso fortuito que le sucediese: aunque los autores que alcanzaron este secreto, y fueron su hijo y nietos, le condenan por la cosa más mal hecha que hizo en toda su vida, y no le hallan otra más de ésta, digna de ser tenida por mala y abominada, aunque el celo y el amor le cegó. (p. 120)

Los españoles nacidos en Nueva España se sentían diferentes de quienes llegaban desde la Metrópoli como de los naturales de la tierra. Hacia el final del siglo XVII se identificaban con unos, por ser españoles y con los

otros, por ser *americanos*, pero se sentían diferentes de ambos. Eso no impidió que se apoderaran del pasado de los indios y lo hicieran suyo para mostrarse ante los españoles de España como diferentes a ellos. Carlos de Sigüenza y Góngora inaugura lo que justamente se ha dado en llamar *indigenismo histórico*. Después de Sor Juana Inés de la Cruz, Sigüenza representa lo mejor de la cultura literaria barroca del México colonial.

Interesado en que no se perdiera el vínculo entre el antiguo y el nuevo mundos, y apoyado en un texto ocasional de Sor Juana, quien a su vez debía mucha de su inspiración *histórica* a Kircher, desarrolla la fábula de que “Neptuno no es fingido dios de la gentilidad, sino hijo de Misraim, nieto de Cam, bisnieto de Noé y progenitor de los indios occidentales”. Esto último, porque en su imperio marítimo, Neptuno fundó la Atlántida, que fue el lugar por donde llegaron los habitantes a América después del Diluvio. Sigüenza, que se apoya en Sor Juana, se refiere a “la sublimidad de la erudición que la adorna”. Con eso resuelve el problema de los vínculos bíblicos que pueden tener los habitantes del Nuevo Mundo. Pero sus fines no se agotan ahí. La intencionalidad política y moral del historiador barroco descansa en otorgarle virtudes cristianas a los reyes del mexicano imperio. Estas virtudes son la fe, personificada en el dios Huitzilopochtli,

quien guió a los mexicas en su larga peregrinación en su forma de colibrí, hasta llevarlos a su tierra prometida, en el islote de Tenochtitlan. Después vienen los reyes y con ellos la esperanza, la clemencia, el sacrificio, la prudencia, la piedad, la fortaleza, la paz, el consejo, la bondad, el valor y la constancia. Cada uno *es* una virtud. El pequeño libro de Sigüenza, no propiamente narrativo, sino ilustrativo de las imágenes de los reyes, acude a los ejemplos tomados de las biografías de los personajes para exaltar la virtud correspondiente y con ello sublimarlos.<sup>6</sup> Su gentilidad no era obstáculo para hacerlos merecedores de la salvación, aunque no llegaran a ella por tratarse de miembros de una porción de la humanidad que no alcanzó la redención. Sin embargo, ejemplificaban poseer los mismos ideales y valores que llegarían después con la expansión del cristianismo. Con ello, la otredad de los indios disminuía.

Cuando fray Servando Teresa de Mier recibió la honrosa encomienda de ser quien pronunciara la homilía del doce de diciembre de 1794, en la entonces Colegiata de Guadalupe, podría decirse que el destino lo llevó hacia el licenciado José Ignacio Borunda, de quien corría fama de sabio en cuestiones precolombinas. Era el tiempo en que éstas alcanzaron enorme auge debido a los trabajos de remodelación de la plaza mayor de México, los cuales permitieron el descubrimiento de lo que en palabras de Antonio León y Gama se llamaban “las dos piedras”, nada menos que la Coatlicue y la Piedra del Sol o calendario azteca. Esto propició un interés renovado por las culturas indígenas antiguas, lo que dio lugar a que se expresaran los que sabían y los que creían saber. Borunda<sup>7</sup> era de éstos, pero entonces, acaso menos que ahora, era difícil distinguir a unos y otros. El caso es que el joven predicador se puso en manos del experimentado egresado de la Real y Pontificia Universidad, de quien tomó la idea que sería a la postre fuente de sus desgracias: no sólo la leyenda que corría desde el siglo XVI en el sentido de que la prédica de Santo Tomás Apóstol no había concluido en la lejana Meliapor, sino que había pasado a las Indias —acaso el origen de la leyenda data de cuando no había distinción entre una y otras Indias y fue fácil fundir una con la otra— donde era conocido por los naturales con el nombre de Quetzalcóatl,

<sup>6</sup> Este libro sí fue publicado en su momento: *Theatro de virtudes políticas que constituyen a un príncipe, advertidas en monarcas del mexicano imperio*, por la viuda de Bernardo Calderón, México, 1680. Hay muchas ediciones posteriores.

<sup>7</sup> Autor de una obra llamada *Clave general de jeroglíficos americanos*, que fue decomisada por la Inquisición y publicada un siglo después.

la deidad blanca y barbada, civilizadora, que podría venir del Viejo Mundo. Nadie mejor que un apóstol de Cristo, con lo cual la verdadera religión no era obra de la Conquista, sino de uno de los predicadores originales, que claro, el tiempo corrompió, pero el hecho era fundamental: el cristianismo ya había sido conocido en tierras americanas. Esta leyenda, como se dijo y se sabe, y se puede conocer al detalle gracias a la erudita y bien fundada investigación de Jacques Lafaye, tiene en Borunda un agregado, que fue el que cambió la vida de Mier: la imagen de la Virgen de Guadalupe no estaba impresa en la tilma de Juan Diego, ahora santo, sino que era la capa del propio apóstol. Con ello, la mexicanidad fundía sus máximos símbolos: uno proveniente de una tradición culta y el otro de la popular. La sublimación de la historia se elevaba a alturas insospechadas.

Los cuatro ejemplos traídos a colación ilustran sendos momentos de la expresión histórica colonial, desde la que trata de darle un fundamento providencial a la Conquista, como la que presagia la emancipación, en el sentido de que la vinculación del mundo indiano con el Evangelio provenía de un apóstol de Cristo y no de los predicadores españoles, pasando por dos manifestaciones de anhelos de conducta netamente cristianos autóctonos, sin importar de dónde venían los ejemplos, si de la enseñanza evangelizadora originaria o de la iluminación directa divina de un pueblo que, si bien marginado de los hombres, desde luego no lo estaba de Dios. La historiografía provenía de la inspiración y de la necesidad teológica obediente a preservar la unidad adámica del mundo y el camino a la salvación universal.

## II

Dentro de lo que se considera el periodo nacional de la historiografía, algunas de las construcciones discursivas que han pretendido dar sentido a la Historia de México lo han hecho colocando ciertos acontecimientos en un cauce que viene de atrás y se proyecta hacia adelante. Lo cual supone que tales acontecimientos se explican como parte integrante de un proceso que tiene continuidad o bien que presenta un giro importante y cambia de rumbo. Estos discursos por lo general contienen en sus páginas a un protagonista principal que se destaca porque es el encargado de llevar la estafeta de la Historia, se espera de él que sea visto por el lector como el elemento que puede dar coherencia a cualquier cosa que ocurra. Para lograr el relieve de esa presencia dentro de la vastedad y

# La sociedad civil, cualquiera que sea su perfil, resulta la indicada para llevar la estafeta de la historia.



Miguel González, *El credo*. Santiago, siglo xvii

pluralidad del acontecer, con frecuencia se le somete a un proceso de sublimación o desublimación, esto es se le otorga o se le despoja de un carácter infinito, inacabado e inmensurable, o bien se le dota de una fuerza y un poder sin medida. Es común que tales protagonistas adquieran o pierdan dichos atributos de manera paulatina, sumando o restando los ideales y valores que las sociedades hacen suyos.

Cuando México tenía poco más de una década de vida independiente, en el primer tercio del siglo diecinueve, es decir, cuando se iniciaba la búsqueda de definición nacional, más de una voz se alzó para denunciar un obstáculo relevante en la tarea que emprendían los políticos mexicanos. Elejimos un caso que ejemplifica de manera elocuente lo que entendemos como desublimación. Lorenzo de Zavala, nacido en la península de Yucatán en 1788 y muerto en la naciente república de Texas, en 1836, político, legislador y diplomático, que tiene en su haber como hombre de letras la traducción de las *Lecciones de Historia* de M. Volney —uno de los pensadores del siglo xviii en Francia que se ocupa tanto de la historia como de la filosofía sobre la historia—, escribe un *Ensayo* que a la usanza de la literatura histórica de la época quiere poner en claro los sucesos políticos de los que ha sido testigo y en los cuales incluso ha tenido señalada participación.

Zavala publica en 1831 y 1832 un *Ensayo histórico sobre las revoluciones de México, desde 1808 hasta 1830*, en París el primer tomo y en Nueva York el segundo,<sup>8</sup> en el que narra los episodios que conforman la guerra de independencia y los primeros esfuerzos de organización política. De manera consistente se perfila en las más de seiscientas páginas que constituyen la obra, ese ejercicio de desublimación al que nos referimos. El objeto que Zavala tiene en mente, y que sirve para ejemplificarlo, es la institución que mediante una concepción del hombre y del mundo había contribuido a legitimar y dar sentido a una historia de más de tres siglos, la historia de la vida colonial de la nación recientemente independizada. Esa institución, la Iglesia católica, representaba una religión hegemónica que permeaba todos los planos de la vida de la nación y requería en la óptica de Zavala un tratamiento histórico que la deconstruyera y revelara su “verdadero significado”.

Por medio de innumerables referencias que se entretajan en la narración con acontecimientos muy variados,

<sup>8</sup> Las ediciones de la obra de Zavala han sido varias desde entonces. La más reciente es *Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*, prólogo de Horacio Labastida Muñoz, edición facsimilar de la de 1845, 2 tomos en un volumen, Instituto Cultural Helénico, Fondo de Cultura Económica, México, 1985, 1v- 332-349 pp. (Clásicos de la Historia de México).



Miguel González, *El credo*. San Judas Tadeo, siglo xvii

la religión católica y la Iglesia, es decir, la práctica a que conducen las creencias y la institución, son situadas por Zavala muy por debajo de donde estuvieran en los tiempos anteriores.<sup>9</sup> Desde su punto de vista, no se les puede ver más como depositarias de valor alguno o como inspiradoras de ningún ideal. Lo verdadero, lo bueno y lo bello son absolutamente distantes de su manifestación. Si hay de su parte algún reconocimiento a un deber ser de la religiosidad entre los hombres, junto a él coloca una suma de razones para establecer la realidad de una práctica religiosa y de una institución eclesiástica que ha disminuido sus alcances, y no puede generar ninguna dinámica entre los hombres, ni conducirlos a ninguna parte. La Iglesia constituida por individuos de talla muy menor y preñada de vicios se considera un estorbo para la marcha de la nación mexicana. La religión deberá constreñirse al ámbito de lo privado, se le advierte más como un peligro que como un apoyo, y se reclama el espacio público que ocupa para un quehacer diferente, el

<sup>9</sup> Un análisis sistemático respecto a este tema es el que aparece en Evelia Trejo, *Los límites de un discurso. Lorenzo de Zavala, su "Ensayo histórico" y la cuestión religiosa en México*, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Fondo de Cultura Económica, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2001, 453 pp.

político. Zavala juzga que incluso antes de la independencia se había iniciado el cambio:

...La civilización había ...invadido... aquel territorio entre tinieblas: el ejército mexicano entró en otra esfera: el sentimiento de su poder sustituyó en la nación a la innoble adhesión a una vergonzosa dependencia, y un golpe eléctrico derribó los antiguos ídolos y descorrió el velo de ignominiosos errores. ¿Qué podían encontrar los legionarios de Fernando VII en una república en donde el sentimiento de la independencia es cada día más profundo, y en la que se combate diariamente por ser más libres?<sup>10</sup>

Y en párrafos muy semejantes a éste, que menudean en la citada obra, Zavala va definiendo la antítesis que requiere la nación para buscar un camino apropiado. Para él la obra civilizadora, las revoluciones que toman un importante lugar en su relato no sólo se dieron con las armas, fueron sobre todo batallas de la inteligencia contrapuesta a la dependencia que implicaba vivir bajo la esfera de la religión. A tono con los principales exponentes del pensamiento ilustrado, lo espera todo de la

<sup>10</sup> Zavala, *op. cit.*, tomo II, p. 136.

razón del hombre que al imperar podría barrer cualquier rastro del dogmatismo atribuido a la Iglesia como institución, y erradicar también los hábitos de los creyentes habituados a esperar en la fe, en lugar de actuar con base en el raciocinio.

La obra de Zavala, desde la perspectiva historiográfica, ha sido consagrada como una de las piedras angulares de la construcción de una idea de nación. Muestra del liberalismo que despuntaba en el horizonte político de México, ha alimentado la conciencia histórica que, tras el intento de enterrar a un protagonista antaño enaltecido, quiso abonar el terreno para una nueva edificación. Si desublima a un protagonista central de la historia del periodo novohispano, también prepara el proceso de sublimación de los constructores del Estado liberal.

En la medida en que consigue precisar los rasgos del culpable que no permite desenvolver el proyecto histórico de la nación, Zavala señala las posibilidades del hombre libre de las ataduras que la religión impone, intentando sobre todo apuntalar las expectativas que abre el predominio de la razón y de la libertad. Sin embargo, su obra no propone a ningún protagonista como sublime, puesto que de todo lo que este observador de la realidad atestigua, todo lo que contempla, le parece inacabado, lejano del plano superior que exige aquello que ha de ser situado por encima del hombre.

Casi cinco décadas después de la publicación del *Ensayo* de Lorenzo de Zavala, habiendo dado vuelta a los episodios que ponen frente a frente proyectos de nación aparentemente opuestos, uno perfilado por los liberales y el otro por los conservadores, surge una empresa historiográfica de mayores dimensiones. El contexto permite augurar el triunfo indiscutible de los primeros. Si de parte de los conservadores no cesaron las voces a favor de un reconocimiento del papel que debiera tener la religión católica e incluso la Iglesia en la organización de la nación mexicana, para este momento era ya un hecho que la puesta en práctica de las Leyes de Reforma habían señalado los límites a la acción de ésta en diferentes planos de la vida de México. La realidad política y aun la económica parecía haber dado la razón a las expectativas del autor yucateco.

El escenario estaba listo para que ocurriera otro episodio discursivo muy digno de atención. Iniciada la penúltima década del siglo XIX, un grupo de escritores, congregados por uno de ellos, Vicente Riva Palacio, se dio a la tarea de escribir lo que podría llamarse una historia homenaje. *México a través de los siglos* es el título breve de una obra cuya elocuencia, aún sin abrir las páginas de sus cinco gruesos tomos, ha influido en la conciencia histórica de muchos mexicanos. El subtítulo de esta voluminosa Historia permite adentrarse en sus propósitos y establecer la relación que guarda con las normas que se

daba la disciplina historiográfica de la segunda parte del siglo XIX: *Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual*. Aún más, las credenciales que muestra en la leyenda siguiente advierten al lector del repositorio de verdades que hallará en ella, todo de acuerdo con los cánones de la preceptiva histórica: *Obra única en su género, publicada bajo la dirección del General D. Vicente Riva Palacio, e imparcial y concienzudamente escrita en vista de cuanto existe de notable y en presencia de preciosos datos y documentos hasta hace poco desconocidos por los reputados literatos...*<sup>11</sup>.

Publicada de 1884 a 1889 narra las vicisitudes de una nación desde los tiempos prehispánicos hasta el año de 1867, y rinde tributo a una gesta que considera la de mayor valor: la construcción del México liberal. En el quinto tomo de la obra, escrito por José María Vigil, un jalisciense nacido en Guadalajara en 1829 y muerto en la Ciudad de México, su lugar de residencia desde 1869, en el año de 1909, que lleva por título *La Reforma*, se ve el empeño por sublimar al nuevo protagonista central de la historia. Toda la narración está ilada con una idea capital, mostrar los atributos que ha ido adquiriendo el partido liberal que, venciendo todo género de obstáculos ha logrado erigirse en gobierno y dar sentido a la Historia de México.

Este escritor, poeta y periodista en su juventud, bibliógrafo, estudioso de la literatura y pensador con preocupaciones filosóficas en la segunda etapa de su vida, maestro de distintos saberes, a diferencia de Lorenzo de Zavala se asume como historiador e incluso en un escrito de carácter teórico se manifiesta partidario del juicio que debe aplicar el historiador para distinguir el bien del mal, y desde luego, plantea como uno de sus principios rectores el de la imparcialidad.

Vigil entra en el terreno de la historia que debe relatar precedido de un recorrido que ya permite distinguir el cambio. No precisa desublimar a la Iglesia con el apremio que lo hiciera Zavala, aunque tampoco pierde oportunidad de destacar los defectos de la institución, dejando vivos en cambio los valores de la religión, como corresponde a un filósofo de corte espiritualista, distante ya de los arrebatos ilustrados de su antepasado. Lo que propone Vigil es distinguir en el mar de situaciones que se dan cita en su narración aquellos elementos que aun desde los tiempos coloniales comienzan a elevarse por encima del común y a aglutinar los méritos de ese protagonista necesario, destinado a ser tratado como

<sup>11</sup> Los "reputados literatos" de esta obra multitedada, eran: Juan de Dios Arias, Alfredo Chavero, Enrique Olavarría, Vicente Riva Palacio, José María Vigil, y Julio Zárate.

agente de la historia susceptible de sublimación. El personaje llamado a ocupar el lugar de honor es el individuo, el partido o el gobierno que en el curso del tiempo ha sido capaz de asumir y hacer patente el mayor de los ideales, el de la libertad, único y verdadero sentido de la historia.

Sin la menor duda expresa Vigil:

El partido liberal, el partido republicano, el partido de la reforma y del progreso era el único que quedaba en pie, dueño absoluto de los destinos de México, sin rivalidades que estorbasen su acción, sin obstáculos que impidiesen la realización de los ideales por los que había venido combatiendo...<sup>12</sup>

Llamado a provocar una dinámica de la historia capaz de salirse de cualquier presupuesto teológico o religioso, el partido liberal hace su aparición en la historiografía mexicana preñado de los elementos teleológicos, es decir, de los propósitos finales, suficientes para resolver cualquier duda sobre el futuro.

Las fórmulas con las que Vigil va eslabonando la inmensa cantidad de documentos que fiel a los dictados del quehacer de la historia debe incorporar para convencer de la veracidad de su relato, son fórmulas que podrían aparecer en cualquiera de las historias escritas en el horizonte de un mundo moderno que se ha pronunciado a favor de la laicidad del Estado y espera de él la conducción certera de la historia.

Más allá de las experiencias que colocan al propio autor frente a realidades que le muestran la incapacidad de los hombres para guardar fidelidad a sus banderas—por ejemplo, es clara la distancia de don José María Vigil de los propósitos reeleccionistas de Benito Juárez—; a diferencia de don Lorenzo de Zavala, cuya decepción de los hombres no le permite apostar por ninguno de ellos para dar cauce al rumbo apropiado de la historia, Vigil es un convencido de la causa por la que luchara en su juventud, de ahí que el resultado de las batallas con las armas y con la palabra libradas por el partido que llaman “del progreso” se le brinde como ocasión propicia para exaltar con su Historia los principios en los que cree y a los que concede la dirección de todas y cada una de las acciones de los hombres. Han triunfado y deben sostenerse porque son esos principios los que están llamados a conformar el curso de la historia toda. No desperdicia ocasión para subrayar esa convicción y de esa manera su legado, el cierre de esa nutrida colección de sucesos de la Historia de México del que se encarga, muestra a las claras que el destino de la nación ya está trazado. El enemigo ha sido sometido, sobre todo, ha sido colocado en el lu-

gar que le corresponde, y por delante lo que queda es plegarse a aquellos principios que por obra y gracia de algunos hombres pero también muy por encima de ellos, una vez que se han convertido en Ley, marcan la ruta por la que habrá de conseguirse la plenitud a la que los mexicanos pueden aspirar, que no es distinta de la que han buscado y conseguido ya otras naciones ejemplares.

La contribución de este notable mexicano que antes de escribir su Historia abogaba porque se enseñara la historia patria como una vía para curar a las naciones de sus males, queda pues como muestra de la capacidad de sublimar protagonistas de la realidad que se contempla en aras de convertirlos en la explicación de lo que ha sucedido y en la guía de lo que debe suceder.

Es por ello que no resultará difícil que casi cincuenta años más tarde, y tras la experiencia de una Revolución, la de 1910, que al decir de muchos recuperó la dignidad democrática de los mexicanos al poner fin a un gobierno dictatorial de más de tres décadas, aparezca en el territorio de la historiografía mexicana otra obra también de carácter monumental, destinada a dar a conocer con la mayor precisión posible las características de dos periodos de la historia, aquel que comienza en donde dejara su relato don José María Vigil, es decir el del triunfo liberal y la Restauración de la República y el que precedió a la Revolución del siglo XX, es decir El Porfiriato. Del conocimiento de esas dos etapas esperaba la claridad necesaria para entender la vida de México que se desarrollaba al promediar el siglo XX.

Abogado, sociólogo, economista, politólogo y por voluntad historiador, Daniel Cosío Villegas, nacido en la Ciudad de México en 1898 y muerto también allí en 1976, no requirió de los títulos correspondientes a cada una de esas disciplinas para mirar con unos ojos bien educados su entorno; así, a mediados de siglo diagnóstica la realidad mexicana en su célebre ensayo que lleva por título “La crisis de México”, y la encuentra enferma, decide entonces ir a la historia, sin remontarse demasiado lejos, en busca de una explicación. Empeña sus esfuerzos y el de todo un equipo de estudiosos en una empresa que tiene por divisa poner en juego los elementos necesarios para describir y comprender un pasado en el que abundan los buenos propósitos y también las frustraciones.

Es preciso destacar que el resultado es una vasta obra cuya publicación va de 1955 a 1976 y que, en forma por demás lógica dentro de los parámetros vigentes, propone dividir esa *Vida* de México que quiere mostrar, en política, económica y social. Factor este último que ha convertido los diez gruesos volúmenes que la constituyen en fuentes indispensables para las investigaciones de cualquier orden acerca de la historia mexicana de la última parte del siglo XIX y la primera del XX. El propio Cosío se hace cargo de redactar los correspondientes a la vida

<sup>12</sup> *México a través de los siglos*. Cfr. *La Reforma*, Espasa y Compañía, Editores, Barcelona, 1889, LIII-883 pp., ils., p. 863.



Casimiro Castro y Juan Campillo, *El mercado de Iturbide, antigua plaza de San Juan, 1855-1856*

política interior y exterior tanto de la República Restaurada como de El Porfiriato.<sup>13</sup>

Vale la pena destacar que de sus páginas escritas con indudable rigor en cuanto a la investigación y crítica de fuentes, junto a una historia abigarrada de episodios o más bien como un telón de fondo que siempre los acompaña se distingue un personaje que reúne los ideales y valores del Estado liberal, ese Estado fruto de los principios enaltecidos por Vigil, el personaje es nada menos que la Constitución Mexicana de 1857. Si es evidente que se invoca y hasta algunas veces se muestra como el crisol en el que puede verse la suma de las aspiraciones humanas, también es cierto que resulta difícil la posibilidad de sublimarla. Demasiado constreñida al plano de la convivencia entre los hombres, a expensas de éstos y de sus innumerables defectos, se antoja estática, finita, medible, apropiada para dejar pendiente la tarea de sublimar al Estado liberal que pervive como entelequia.

En el trabajo que se adjudica Cosío Villegas indudablemente sigue desempeñando un papel estelar la idea de un Estado bien pertrechado en los principios de la república liberal, lo que sucede es que el examen de los individuos encargados de operar desde el poder con los principios no terminan de dar la medida. Son los hom-

bres, siguen siéndolo sin duda, los hacedores únicos del ritmo de su historia, pero, a su pesar, Cosío, como Zavala en los primeros años de la vida nacional, a menudo constata la distancia que media entre las acciones que acometen y las luces de la razón que se esperarían ya completamente instauradas para guiarlos.<sup>14</sup> Si bien es cierto que la Iglesia, el antiguo enemigo, ya ni siquiera hace acto de presencia, no parece bastar su salida de la escena política que este autor contempla para dar oportunidad a los sujetos de la historia, liberados de dogmas y supuestamente movidos por la racionalidad de sus normas, de conducirse como habían ideado.

Es cierto que en el camino andado entre el triunfo del liberalismo y la obra de Cosío menudean los intentos de sublimar héroes civiles y caudillos populares. Mas, conforme avanza el siglo, las exigencias de la historiografía van en aumento y con ellas los recursos de los historiadores para sublimar cualquier elemento de la realidad son cada vez más escasos, aunque los sueños de los hombres no permiten una renuncia total.

Así, en los últimos años del extinto siglo XX y en tiempos que ahora corren con los que se inicia el XXI, se ha erigido a nuestro juicio un nuevo personaje histórico, de carácter general en los territorios de la cultura occidental cuando menos, propicio para la sublimación, un personaje que parece desprenderse del concepto de Es-

<sup>13</sup> Daniel Cosío Villegas, *La República Restaurada. La vida política*. México, Hermes, 1955, 979 pp., *El Porfiriato. Vida política interior. Parte primera y Parte segunda*, 2 tomos, Hermes, México, 1970-1972. También el propio Cosío se ocupó de los volúmenes sobre vida política exterior del Porfiriato. La culminación de este proyecto historiográfico de Cosío Villegas se dio incluso después de su fallecimiento; a la historia de las etapas mencionadas se añadirían cientos de páginas sobre la Historia de la Revolución Mexicana y los años que siguieron a ella, hasta 1960.

<sup>14</sup> Algunos comentarios puntuales sobre estas obras aparecen en Evelia Trejo y Leonardo Lomelí, "Un epitafio singular y un sentido reconocimiento" en Evelia Trejo y Álvaro Matute, editores, *Escribir la historia en el siglo XX: Treinta lecturas*, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 2005, 589 pp. (Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 3), pp. 223-238.



G. Rodríguez, *Arco de los Potosinos*, siglo XIX

tado liberal para adquirir vida propia y dimensiones inconmensurables; se trata de la llamada “sociedad civil” que, por encima de cualquier individuo o colectividad ya definida, comienza poco a poco a cargarse de significados, muchos de éstos provienen de los atributos que le reconocen los estudiosos de la sociedad y entre ellos los historiadores, y que en buena medida son equiparables a los que caracterizaron en los primeros tiempos de la historiografía colonial a la institución eclesiástica. La sociedad civil, cualquiera que sea su perfil, resulta la indicada para llevar la estafeta de la historia. Todos los ideales y valores imaginables le son propios.

Ya se advierten en el horizonte de la historiografía las narraciones que le harán justicia a este nuevo objeto de sublimación. Sin embargo, se puede adivinar también que las dificultades para explicar la historia con ese recurso serán enormes. Por ilimitadas y vastas que parezcan sus posibilidades como agente histórico, no será sencillo equipararlas a las que provenientes de la teología permitieron interpretar la realidad americana de los primeros siglos de vida colonial. Quizá pesa en los perfiles que podamos conseguir de ella, los límites que desde el pensamiento liberal mismo hemos colocado a los hombres. Nada fuera de los ejercicios que provienen de la racionalidad del mundo aspira a ser admitido en las explicaciones que se piden de él. De manera tal que cualquier apreciación sobre el pensamiento o la conducta de los hombres que se identifique como perteneciente a un

ámbito diverso al consentido por la cultura liberal y laica de la que somos partícipes, es vista cuando menos con desconfianza, sin que por ello podamos admitir que está excluida o pueda ser expulsada sin más de los derroteros de la historia. Con lo cual, lo concerniente al territorio de los sentimientos, incluyendo entre éstos los religiosos, lleva consigo dificultades que habrán de sortearse en aras de una visión más integral.

Desde nuestro punto de vista, además de ese personaje, otro protagonista de mayor relieve, o de mayor hondura si se quiere para los efectos de la sublimación, aunque de naturaleza mucho más local, se aprecia en el entorno de la realidad mexicana sometida a estudio: el indígena. En el discurso de hoy, hablar del indígena, en un sinnúmero de casos, es hablar del hombre sin culpa; un ser concebido como víctima que, cercado en su inocencia, mueve a la caridad, permite que se conciba la esperanza y renueva para muchos la fe en que el Reino sí es de este mundo, o debe serlo.

En cualquier caso, es evidente que el día de hoy, las fórmulas secularizadas que la modernidad ha hecho suyas no han logrado borrar la huella de la herencia cristiana, y por consiguiente se puede advertir la paradoja de que en la apreciación del indio como víctima, se asume el hombre liberal como verdugo; la culpa, de la que el indio está exento, se reparte entre sus victimarios y de esa manera los supuestos religiosos aparentemente anulados de nuestra conciencia histórica hacen acto de presencia en las fórmulas con las que observamos y valoramos el mundo.

Es cierto, por otra parte, que quizá sin darnos cuenta hemos comenzado ya a formular una nueva idea de hombre, como instara a los alumnos jóvenes hace algunos años un célebre pensador y profesor de muchas generaciones de humanistas mexicanos, don Edmundo O’Gorman, y con ello a proponer nuevos ideales y nuevos valores. Sin embargo, vale la pena mantener vigentes al menos dos preguntas:

¿Se dará en los márgenes de la disciplina histórica el sujeto capaz de describir y explicar la realidad de los últimos cien años, incorporando y sublimando a los protagonistas aludidos o a unos semejantes de manera tal que logre abrir con ellos las expectativas de futuro que el mundo tan apremiantemente necesita?

¿Nos deparará el siglo XXI la sublimación de personajes históricos que no imaginamos, o sucumbirá la Historia que se escribe a los rigores disciplinarios que pretenden prescindir de ideales y valores para narrar la historia que ocurre? **U**

---

Una versión abreviada de este texto fue leída por sus autores en la sesión de la International Commission for History and Theory of Historiography, dentro del Congreso Internacional de Ciencias Históricas en Oslo, Noruega en agosto de 2000. Y una muy cercana a la actual fue presentada como conferencia en la Casa de América en Madrid en noviembre de 2005.